

LA ÚLTIMA CARTA

Hace un tiempo, en Inglaterra vivía un hombre humilde que tenía un hijo llamado Paul, estaban solos, pues su madre había fallecido hace años. Habitaban en una casa de un barrio solitario, que era un poco vieja. La madera estaba carcomida y los muros casi no se tenían del desgaste.

En el portal, la casa tenía un balancín en el que se columpiaba Paul cuando era pequeño, aunque a su padre le daba temor, porque hacía un chirrido muy fuerte, así como “griii”.

Paul era un chico simpático, feliz, guapo y astuto en todos los sentidos, pero como tenía que ayudar a su padre no le dedicaba mucho a tiempo a estudiar. Paul se enamoró de una chica llamada Rouse, aunque el padre del chico, que se llamaba James no estaba muy convencido de la relación de su hijo con esa chica, pues venía de familia acomodada.

El chico hipnotizaba a Rouse con su pelo y con sus ojos azules como el mar. Cuando este cumplió los veintidós años, dejó la universidad, aunque él siempre se acercaba a la salida de la Facultad para ver a Rouse y le echaba una sonrisa deslumbrante.

La chica tenía diecinueve años y sabía muy lo que quería, pero cuando pensaba en Paul se le nublaban las ideas. Poseía un pelo pelirrojo y una esbelta cintura como una montaña rusa, claro, normal que se enamoraran de ella.

Los dos se fueron juntos a dar un paseo por los alrededores y Rouse cogió una rosa y se la dio a Paul. Todos los miraban y no entendían que veía una chica tan guapa e inteligente en alguien como Paul, pero ella veía mucho más, no era creído ni chulo como los demás. Tenía un corazón que ninguno de sus amigos tenía. Era amable, cariñoso y simpático. Rouse se divertía mucho con él. Por la tarde, Paul llamó a Rouse por la ventana de su casa, peor en vez de ella salió su madre. Dña. Francesca, era muy conocida por su mal humor y seriedad. El chino no podía comprender cómo de una pareja tan antipática había salido Rouse, todo lo contrario.

Francesca le dijo que se olvidara de su hija, que le arruinaría la carrera y su futuro. Cuando Rouse salió, se hizo un silencio absoluto. Un minuto más tarde, los dos jóvenes se fueron a dar un paseo. Paul iba pensando lo que le había dicho la madre de Rouse, pero se dio cuenta de que solo querían separarles y le dijo a ella que la querría para siempre.

Cuando volvieron, los padres de Rouse les esperaban con unas maletas en la mano. La chica se extrañó y su madre le dijo que se mudaban a Toronto (Canadá), y sin más explicaciones, la metieron en el coche y ella dio un beso a Paul diciéndole <<nunca te olvidaré>>.

Tras unas semanas pasadas esa frase “nunca te olvidaré”, torturó a Paul cada segundo de su “infeliz” vida, y mirando la rosa que le regaló escribió varias cartas a Rouse:

4 de Enero, Inglaterra:

No sé como estarás, ni lo que sentirás, ni siquiera sé si te has olvidado de mí. En cualquier momento te buscaré, solo dame tiempo.

7 de Febrero, Inglaterra:

Paso las noches tirado en las calles, sin saber por que sigo aún con vida, cuando mi vida entera eras tú.

12 de abril, Inglaterra:

No sé si habrás leído alguna de mis cartas. ¿Por qué no contestas? Todo el día pienso en ti, en tu cara, necesito verte, saber que sigues ahí...

Pero Rouse no pudo recibir esas cartas, pues su madre cada día las cogía del buzón. Entonces Francesca le escribió una carta a Paul haciéndose pasar su hija, poniéndole que ya estaba casada y que no quería saber nada de él.

Paul se pasaba las noches llorando y no levantaba cabeza, bebía mucho y le daba igual vivir que morir, pues ya no sabía cuál era la diferencia. Meses después decidió olvidar todo y vivir una nueva vida, aunque seguía amando a Rouse.

La chica lo pasaba muy mal creyendo que Paul se había olvidado de ella, porque también mandado cartas que su madre había cogido. Entonces Rouse mandó una última carta:

9 de Junio, Toronto

Paul, no sé si me habrás visto mis otras cartas, te he seguido amando y nunca te he olvidado, pero los dos estamos sufriendo, es mejor que no insistamos en esta relación. Adiós para siempre.

Esta carta, raramente, fue enviada y llegó a manos de Paul a las 6:15 y sin saberlo, la última carta haría que Rouse se lamentara para el resto de su vida.

Llaman a Rouse con la mala noticia, a las 6:45 se encuentran a Paul tirado en el suelo con la carta y la rosa en una mano y con una lágrima caída.

Esa hora, ese día, ese momento no se le olvidaría nunca.

Rose se escapa de casa, sin importarle nada y se dirige hacia allí.

Todo estaba rodeado de policías buscando pistas a esa siniestra muerte.

Rouse llorando pasó a la casa, y le vio allí tirado, con la carta, la última carta que mandó...

Los policías pasaron a la casa, y su mueca fue de extrañeza, allí estaban los dos, tirados y agarrados de la mano.

Desde ese día no se volverían a separar.

Ganadora Premio de 11 a 14 años 2012
Elena Flores Calcerrada
Madridejos